

APROXIMACION

temas. Lo cual redundo en el desconcierto y el abandono de los otros. La reacción de los que prefieren no enterarse, y rehuyen los medios de información, o desconfían de ellos, es también característica de una sensación de impotencia.

Con todo ello estamos viviendo en una sociedad agresiva, desconfiada, hiriente y asustada. Estas situaciones han producido, a veces, en la historia, las grandes guerras. Se han llamado «guerras resolutivas»; y se ha llegado finalmente a la conclusión de que jamás resolvieron nada sino que, por el contrario, crearon el germen para la siguiente. Cada vez mayores, hasta casi la guerra infinita que se dibuja ahora y para la que hay toda clase de posibilidades en materia de armamentos. Se buscan desesperadamente otras salidas por medio del regreso a lo anterior: es una busca mítica, que tiene algo que ver con el viejo intento faústico de la recuperación de la juventud y que nunca se logra. Hay quien lo busca en Hitler, quien lo busca en Stalin. Francia buscó una vez su mito de resurrección en De Gaulle: terminó en mayo de 1968, que a su vez representaba otra mitología que ahora hay quien busca otra vez. Estados Unidos la buscaron en Nixon, que había sido muchos años antes vicepresidente —realmente ejecutivo— con Eisenhower: terminó en la catástrofe del Vietnam y en la aún peor —moralmente— del Watergate. Lo busca ahora en Reagan, que es un superviviente de la gran época de la guerra fría. Como la Unión Soviética sigue buscando en los supervivientes, ha comenzado a buscar entre los que quedan de la guerra civil. Para reverdecir la juventud que fue en octubre de 1917. Polonia la busca en el catolicismo de antes del comunismo. Como unos españoles la buscan en Franco, y otros en la II República.

Todo esto, naturalmente, no es viable. No tiene sentido; o el sentido que tiene es aberrante. Pero son etapas, son fragmentos de una larga historia.

Los pronósticos, en fin, son malos. Estamos en un largo período de malestar, a pesar de que la época en sí no es tan mala como otras de la historia pasada. Probablemente su final, y el comienzo de una nueva aceptación, comenzará cuando ciertas verdades que ahora conocemos comiencen a tener una penetración en la vida pública, cuando se pueda abandonar el mito de las sociedades antiguas, cuando se pierda el lastre de las civilizaciones pasadas y tengamos una idea concreta de la nuestra. Para todo ello pueden ser necesarios algunos siglos y algunas catástrofes. ■ E. H. T.

Conversación con Juan Luis Cebrián

Juan Luis Cebrián, director de «El País», nació en Madrid hace treinta y seis años. Es hijo del periodista Vicente Cebrián, que fue director de la agencia oficial Pyresa y del Servicio de Información Sindical. Estudió Cebrián el bachillerato en el colegio madrileño del Pilar, semillero de tantas jóvenes personalidades de la vida española. Luego cursó periodismo, filosofía y derecho. Ha sido redactor jefe de «Pueblo», subdirector de *Informaciones*, director de la revista *Gentleman* y jefe de los servicios informativos de TVE, durante la después frustrada apertura de Pío Cabanillas. Dirigió ya *El País* cuando el diario apareció el 4 de mayo de 1976 y ahí sigue junto al presidente José Ortega Spottorno, el consejero delegado Jesús de Polanco, el asesor de publicaciones Jesús de la Serna, los subdirectores Martín Prieto y Augusto Delkader y un centenar de excelentes profesionales. Cebrián, viejo luchador joven por la democratización y modernización de la sociedad española, ha publicado recientemente dos libros de éxito: *La prensa y la calle* (Editorial Nuestra Cultura) y *La España que bastaba* (Taurus). Conversamos en su despacho del periódico, junto a cuadros de Cillero, José Luis Verdes, Nicolás Gless, Rafael Alberti, Canogar, una carta autógrafa (como todas las suyas), de Vicente Aleixandre enmarcada, fotos de Cebrián con Suárez, García Márquez, Giscard, Ceausescu, López Portillo, una máquina de escribir Olympia, una mesita con premios concedidos al periódico y a su director, etc... En el suelo hay cuatro cajas de juguetes ingleses.

EL PADRE DEL PAIS

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

A CABAS de llegar de Londres y antes estuviste en Lisboa. Eres compadre de Pinto Balsemao.

—Padrino de la primera hija del segundo matrimonio.

—¿Cómo surgió esta amistad?

—Profesionalmente. Le conocí el año sesenta y ocho en Estrasburgo, en la Escuela Internacional de Periodismo. Yo estaba en *Informaciones* y él estaba en el *Diario Popular* de Lisboa. Fuimos a hacer un curso sobre concentración de empresas periodísticas y sociedades de redactores y nos conocimos allí, estuvimos juntos en el mayo del 68 en París... Y a partir de ahí hicimos muy buena amistad que se ha estrechado y luego fui padrino de Joana, su tercera hija...

—¿No te tienta ese ejemplo de paso del periodismo a la política?

—Hombre: me tienta, pero rechazo las tentaciones. Además, el ejemplo suyo es muy relevante porque él es jefe de gobierno y esa es una tentación que desde luego no se me ha pasado por la cabeza.

—Tú tienes ahora treinta y seis años. ¿Qué se puede ser en esta profesión después de ser director de «El País»?

—Pues se puede ser corresponsal de

El País, comentarista de *El País*...

—Siempre en «El País».

—O en otro periódico. Este país es muy malo para eso, porque se llevan a veces los contenciosos profesionales o la competencia profesional a temas personales. Yo le tengo a *El País* un cariño especial y además con él me siento muy identificado y si tengo que abandonar la dirección me gustaría seguir escribiendo en él. Pero si no pudiera, no me importaría... vamos, es que necesitaría trabajar en otro periódico para ganarme la vida.

—¿Influyó el que tu padre fuera periodista para que te dedicaras a esta profesión?

—Yo, en el colegio hacía siempre revistas. Quizá porque mi padre era periodista me asignaban siempre ese papel y desde periódicos murales hasta revistas de clase siempre he estado envuelto en el mundo éste. Yo lo que quería era ser cura.

—¿Ser cura?

—Sí. No fui nunca al seminario. Yo era muy católico, era congregante. Entonces al terminar el bachillerato le dije a mi padre que quería ser cura y me dijeron que bueno, pero que antes pasara por la Universidad y yo tam-



poco tenía tantas ganas y me pareció bien lo de ir a la Universidad y estudié Filosofía...

-Y ahí lo dejas...

-Cuando salí de primero de Filosofía ya no quería ser cura. Porque realmente yo creo que no quise ser cura. Era algo de espejismo; yo era muy pío, estaba en una congregación mariana... Era un católico muy comprometido yo. Y luego en la Universidad seguí siendo en los dos primeros años un activista católico, pero con el grupo de Ruiz Giménez, de Gregorio Peces-Barba, de Javier Rupérez, de José Pedro Pérez Llorca... No; José Pedro no estaba... con Fafa Jiménez de Parga, un grupo de cristianos de oposición al franquismo.

-¿Eran amistades del colegio del Pilar?

-Mis amistades de la Universidad no fueron las del colegio. En el colegio tuve amigos que luego ya no he seguido con ellos en mi historia universitaria. Por ejemplo, Eduardo Carvajal, era muy amigo del Colegio, y luego fue abogado del FRAP en la Universidad. Tuve, pero no en mi curso sino en el curso de mi hermano, con el que yo tuve muchas relaciones. Estaba Javier Solana, Julio Rodríguez Aramberri... En el colegio continué una especie de saga de gente que dirigió la revista del colegio: Ignacio Camuñas, Javier Rupérez, Julio Garrido, que es un abogado, y al año siguiente la dirigí yo. A mí me sucedió Fernando Méndez-Leite, el director de cine... Quizá el más brillante de mi promoción del colegio es Jaime Chávarri, autor de *El desencanto*. Aunque tenemos otra gente brillante como Enrique Cavestany que es pintor y diseñador de muebles y con el cual he guardado mucha relación después.

Cinco en un 600

-¿Y en la Universidad?

-En Filosofía coincidí con Gómez Llorente, Alberto Míguez, Julián García Candau, Julio Rodríguez Aramberri... Pero mi grupo estaba casi todo él en Derecho, porque yo estaba en una congregación mariana como antiguo alumno de los marianistas y en aquella congregación teníamos un grupo de íntimos amigos que éramos Gregorio Peces-Barba, Ignacio Camuñas, Javier Rupérez, Julio Rodríguez Aramberri y yo. Ibamos todos en el «seiscientos» de Javier Rupérez que era el único que tenía coche. Tenían dos «seiscientos» en la familia y había uno que siempre usaba Javier e íbamos los cinco juntos a todas partes. Ahí conectamos con otras personas como Pedro Altares, que era de la congregación de los Luises o de los Kotskas, de los jesuitas...

-Con él estarás en «Cuadernos para el Diálogo»...

-Fue a través de Gregorio. Éramos todos de promociones correlativas, ninguno pertenecíamos a la misma: Gregorio estaba en quinto de Derecho cuando yo estaba en primero; Ignacio, en cuarto; Javier, en tercero, y Julio en segundo. Gregorio empezó a ser profesor ayudante de Ruiz Giménez en la Cátedra de Filosofía del Derecho. Fue cuando Ruiz Giménez pensó hacer *Cuadernos para el Diálogo*. En principio nació con la idea de ser una revista de universitarios, en la que colaboraran profesores, catedráticos...

-Esto es por 1962 y 1963.

-Sí. Entonces Ruiz Giménez le pide a Gregorio, que mantenía mucha relación con los alumnos, que aporte la parte digamos estudiantil. Gregorio llegó con este recado a nuestro grupo

de amigos, yo estaba también en segundo de periodismo y segundo de Filosofía y aquello de hacer una revista con digamos la oficialmente intelectualidad del momento o parte de la intelectualidad pues nos llamó mucho la atención y yo me incorporé.

-Ya habías decidido ser periodista. ¿Cómo fue?

-Porque poco a poco la realidad es que me gustaba. Ya para ese momento había decidido ejercer el periodismo. Entré en el sesenta y dos a hacer prácticas en *Pueblo* y ya me quedé allí.

-Y llegas a redactor jefe muy pronto. En dos años.

-Llego relativamente pronto. En el sesenta y cuatro a mí me dan una beca March. Serán las primeras becas March de Periodismo y se las dan a Manuel Piedrahita, actual corresponsal de TVE en Bonn, a Ruiz Elvira de Radio Nacional y a mí. Yo no puedo negar que el ser hijo de mi padre me ayudó mucho en aquella época.

-Vuelves a «Pueblo».

-Yo estaba de redactor en la sección internacional. Me dieron la beca y elegí periodismo de agencias, en una época en que aquí no se conocía nada de... ¡no se conocía nada de nada en este país y en concreto en el tema de la información! Me fui mis seis meses a París y a Londres a estudiar. A la vuelta, después del verano del sesenta y cuatro, Emilio Romero me nombró jefe de la sección local. Estuve allí unos meses. Yo traía una aportación de ideas nuevas del periodismo anglosajón de entonces, en un momento en el que había una verdadera renovación y en el que en periodismo no había todavía gente demasiado joven. Comenzaba a llegar la nueva ola, pero yo era de los primeros de la nueva ola. Entonces



me nombró redactor jefe. Tenía diecinueve años.

Budas y vedettes

-En «La prensa y la calle» hablas de los «budas de las letras y la política que circulan por las redacciones como si fueran los amos de la opinión». ¿Cómo va «El País» de budas?

-Hay pocos budas en El País. Uno de los éxitos de El País es que hemos tratado de eliminar a los budas y a las vedettes.

-¿Y no crees tú que habéis creado las dos cosas?

-Yo creo que en El País hay más vedettes que budas. Tampoco somos un periódico de vedettes. No es un periódico montado sobre eso. Aquí no sale la fotografía de casi nadie de los que trabajan; el director del periódico firma cinco artículos al año, no firma más; no hay ningún colaborador que publique más de un artículo a la semana, salvo el caso de Umbral; no hay ningún columnista político...

-También en «La prensa y la calle» hablas de que «los periodistas y los periódicos hayan comenzado a convertirse ellos mismos en protagonistas de las noticias que cuentan»...

-Yo creo que es un fenómeno universal y además, es un fenómeno malo. Yo, desgraciadamente, me he convertido en protagonista el año pasado con toda la historia del juicio y tal... Hoy venía en el avión leyendo el Times Magazine y hay cuatro páginas dedicadas a historias sobre la prensa; y el periódico no tiene más de cincuenta páginas.

-En el mismo libro te confiesas «apasionado con amor casi platónico por la política».

-Porque a mí me gusta la política y no sólo me gusta sino que creo que tengo ideas al respecto. La política es algo más amplio que la Administración pública; es algo más que la vida de los partidos; es algo más amplio que la vida de las instituciones.

-«La España que hosteza» parece realmente casi un programa de gobierno.

-Eso no lo creo.

-Sí. En el sentido de que la exposición de los problemas es el primer paso para resolverlos. Dices en ese libro que «hoy en día cada vez son más los candidatos y los líderes quienes seleccionan sus partidos» y no al revés.

-Es un defecto no exclusivamente español. En el libro de Duverger que es un clásico y que es de los años cincuenta, ya denunciaba ese defecto en la Francia previa al gaullismo. Lo que pasa es que en España es más visible.

-¿En cinco años de director habrás tenido muchas presiones?

-Muchas. Como todos los periodistas. La más fuerte fue el dossier donde me hacían miembro de la KGB.

-Y también habrás tenido ofrecimientos.

-He tenido, pero pocos. Porque claro a nadie le gusta ofrecer suponiendo que no le iban a aceptar. Y entonces he tenido pocos ofrecimientos concretos. Yo diría que sólo he tenido un ofrecimiento concreto y un par de sondeos.

-¿Me los dices?

-Pues no.

-Pero la sensación de poder sí que la tendrás siendo director de «El País».

-Pues yo creo que la tienen los demás, más que yo. Siempre he dicho que el director de un periódico como El País tiene mucho poder, pero es un poder que no vale para nada.

-O sea que es poder en cuanto que no se...

-... que no se ejerce. El brillo del poder no me puede deslumbrar, porque yo no tengo nada a cambio de ese poder. Yo tengo mi sueldo aquí y nada más.

La Iglesia y la política

-Dicen que en «La España que hosteza» hay anticlericalismo, que consideras que la Iglesia española, tal como actúa, es un obstáculo a la modernización del país...

-Sí. Creo que lo ha sido y ahora lo es más que hace un año, porque resulta que hay un proceso de involución. Yo no soy especialmente anticlerical. El anticlericalismo sólo se produce como una reacción al clericalismo. Esa acusación de anticlericalismo se ha hecho al periódico. Entonces ¿en qué consiste el anticlericalismo del que nos acusan? Las únicas críticas que yo hago públicamente a la Iglesia y que se han podido hacer en el periódico ha sido cuando la Iglesia ha intervenido en la sociedad civil, en lo que yo considero que es derecho de los ciudadanos y del Estado. Y ha

intervenido en abuso de un poder efectivo que tiene.

-Ejemplos.

-En el tema del divorcio parece que es que queremos obligar a los españoles a divorciarse o que queremos impedir a los católicos su derecho a no divorciarse. No. Lo que no queremos es que haya una interferencia de la Iglesia con el derecho común para todos los ciudadanos. Igual podemos decir respecto al tema de la escuela. Se ha producido una situación en la que parece que el Estado o determinados grupos de personas civiles están en contra -y no es cierto- de que los católicos y la Iglesia española puedan desarrollar su vida en libertad y además en situación de reconocimiento de su preeminencia entre la población española. Entonces surge la acusación de anticlericalismo. Hombre yo no sé si es o no anticlericalismo, pero lo que creo es que el Estado español sigue siendo muy clerical. Tenemos que tener en cuenta que a la muerte de Franco había un obispo en el Consejo de Regencia.

-Hablas de «sotanas trabucaires» en «La España que hosteza».

-Es que el clericalismo del Estado se traduce en el clericalismo de las organizaciones políticas. Hemos visto al partido socialista, al partido comunista, a los partidos extraparlamentarios como el PT o la ORT, trufados de sacerdotes y a veces de sacerdotes en activo, mezclando la actividad religiosa con la política. Creo que tienen su derecho a hacerlo. Pero yo tengo mi derecho como persona a denunciarlo y no me parece más anticlerical mi postura que clerical la postura de ellos.

-Escribes en «La prensa y la calle»: «Siempre he dicho que el éxito de 'El País', que humildemente me debe ser permitido reconocer, se debe en gran parte a que la calle ha identificado la aventura del diario con el cambio político que España vive.» ¿Seguimos todavía en esa etapa de cambio?

-Creo que no podemos hablar de normalización política en este país -que está bastante normalizado por otra parte- hasta que no se celebren las próximas elecciones, hasta que no se cumpla la primera legislatura constitucional... Es decir: hasta que no haya un ciclo constitucional normal.

La transición

-A lo que yo iba es que si el periódico ha sido el periódico del cambio, podría producirse un agotamiento del periódico cuando se agotara la fase de cambio y transición?

-Creo que existe el peligro. Pero no creo... Vamos a intentar que no sea. El periódico no es más que un periódico, no trata de ser más que un periódico...

-No trata de serlo, pero realmente es más que un periódico.

-Bueno. Lo que pasa es que los periódicos simbolizan cosas.

-Sobre todo éste ¿no?

-¿Qué pasa?: ¿que la vida política se normaliza? Este periódico está haciendo un esfuerzo industrial y técnico muy importante en estos momentos, como ningún otro periódico de España lo está haciendo. Tiene una cartera publicitaria y de lectores muy amplia. Tiene una empresa, conflictiva en algunos aspectos, pero en lo fundamental bastante coherente, muy coherente con el proyecto del periódico. Tiene un presidente que define muy bien lo que el periódico es, por su moral pública y por su proyección liberal y por el apellido que representa. Tiene un consejero delegado que es un verdadero empresario y que ha amparado y que mantiene la línea del periódico y que al mismo tiempo es un profesional...

-¿Y cuántos empleados tiene el periódico: 370?

-Trescientos setenta y algo.

-¿Y son periodistas?

-Más de cien.

-Y accionistas, mil doscientos ¿no?

-Mil doscientos.

-¿Quién es el accionista mayor?

-No lo sé bien, pero supongo que es Jesús Polanco, supongo. Es Jesús Polanco, pero tampoco tiene el control. Nadie tiene el control.

-Hay un grupo de accionistas descontentos.

-Hay un grupo de accionistas, minoritario, que está contra la línea del periódico y que lo está en los dos sentidos: empresarial y periodístico. Este grupo de accionistas se hace oír todos los años en las juntas generales. Yo creo que es un grupo reaccionario, por el análisis de las personas. Fraga lo ha utilizado... Una victoria o un aumento del poder de ese grupo de accionistas en el periódico supondría un intento de giro en la línea editorial y si se confirmara que es así yo no colaboraría. La línea editorial de un periódico tiene que ser fiel a los principios fundacionales. Reconozco el derecho de los accionistas. Pero ni ellos son los dueños del periódico, ni yo me creo el dueño del periódico, ni lo es la redacción, ni los trabajadores. Los dueños son los lectores y la función del periódico es ser fiel a esos lectores.

-Hablando de Fraga. Tus relaciones con Fraga son antiguas.

-Mis relaciones con Fraga son escasas. Yo vi a Fraga un poco en el setenta y cinco a raíz de mi dimisión en televisión.

-Le hiciste una entrevista muy sonada para «Gentleman».

-Le hice una entrevista para «Gentleman» que a él le gustó mucho y...

-Y aparecía disfrazado de inglés, con bombín y todo.

-Sí. Y le gustó mucho también a los enemigos de Fraga. Yo hice esa entrevista sin ningún ánimo laudatorio ni tampoco especialmente crítico. Quise reflejar de forma periodística lo que a mí me parecía Fraga. Pero si sé por amigos comunes pues que Fraga



repartía la revista y si puedo decir que numerosos políticos de la oposición me llamaron para decirme: «Has acabado con la vida política de Fraga».

-Valoras mucho la Ley de Prensa de Fraga.

-Produjo una apertura en el franquismo. Realmente hubo un paso notable. Aquello no era la libertad, porque había una autocensura y había una serie de amenazas, pero fue el único intento serio de liberalización que el franquismo hizo y, además, lo que se vio muy claramente es que el intento no era compaginable con la estructura franquista porque salió enseguida la ley de secretos oficiales y salió la reforma del Código Penal... porque la ley de Fraga, que no era la libertad de prensa, pero que, en fin, era una liberalización, una dulcificación de la censura, pues era incompatible con los presupuestos franquistas que no podían ni dulcificarla.

El futuro

Hace poco decía un editorial «Este va a ser nuestro año y no el de Miguel Herrero de Miñón», que no sé si es tuyo...

-Todos los editoriales del periódico son del director del periódico.

-El editorial parecía optimista. ¿Eres optimista?

-¿El País supone algo? Digamos que lo supone. Pues El País sigue creciendo. Hay una base social en este país que apoya por lo menos un periódico como éste. Este país es un país todavía muy joven, por tanto con una enorme capacidad de ilusión y que tiene defectos estructurales pero que tiene una gran capacidad de creatividad. Paradójicamente a mí me acusan de pesimista (dicen que un pesimista es un realista bien informado). Yo no soy pesimista. Creo que la situación es mala, pero hay respuestas a esa situación: lo que pasa es que hay que darlas y no se están dando.

Tú me decías antes que el libro parece un programa de gobierno. No lo es. Lo que pasa es que en cualquier país normalmente constituido habría cientos de libros como éste, de gente que sale y opina de lo que pasa alrededor. Y aquí te dicen «Usted lo que quiere es fundar un partido político». No. Mire usted: yo lo que quiero es decir lo que opino y utilizo un vehículo para ello. Y lo que digo a lo mejor está mal, a lo mejor es una tontería o a lo mejor no sé qué... Pero yo ejerzo un derecho. Y yo tengo la suerte de poder ejercerlo en el periódico también y de tener más canales de información... Pero que es un derecho y hasta un deber de todo ciudadano español que tenga algo que decir pues el poder decirlo, aun con el riesgo de decir tonterías. Es decir, que yo creo que tenemos que perder el miedo al ridículo, que la gente dé su opinión aunque parezca una opinión tonta. Porque ¿quién define lo que es una tontería? A Copérnico y a Galileo los condenaron por cosas que ahora consideramos que son certísimas. Yo creo que es muy importante opinar. Y creo que el valor de la crítica es devolverle la ilusión al hombre. La democracia no tiene más que una ventaja y es que cada cuatro años, según la Constitución de este país, se va a las urnas. No a definir el eurocomunismo, ni el leninismo, ni el euroformismo, ni el no sé qué ni el no sé cuánto. Se va a las urnas a que el pueblo decida si le gusta como le han gobernado o no y si le gusta como le han gobernado y no tiene otra alternativa mejor, votará a los que le han gobernado; y si no le gusta o tiene otra alternativa mejor votará a los otros. Y esto es la base de toda democracia y todavía funciona y funciona en Inglaterra y funciona en los Estados Unidos y funciona o puede funcionar en España.

-Amén. ■ V. M. R.